

.....
Azules maravillas;
raíz y fuente amante
para olvidar las nieblas amarillas.

En muchos de sus aspectos ECLIPSE DE UNA TARDE GONGORINA no se diferencia de la mayoría de los libros de poemas que se han escrito y se escriben desde hace algunos años en Sur América por los escritores jóvenes.

En la playa cae el sol
con dos palomas al seno
y una estrella en caracol.

.....
Luna de vidrio morado.
En el acuario una niña
viste de pez colorado.

.....
El mar pintó su esmeralda.
El pavón del arco iris
el carrousel de la falda.

.....
Carrousel de la dicha y los dolores.

Además, toda la obra—exceptuando sólo tres composiciones—está escrita en tercetos, lo que hace muy monótona su lectura; tercetos desde luego muy bien contruidos, perfectos desde el punto de vista métrico, lo que acrecienta más aun la impresión de monotonía. Dan deseos de quitarles o agregarles palabras para destruir el ritmo académico del verso, ya que el contenido de ellos siempre aspira a ser novedoso, original. Peña Barrenechea ha querido expresar en verso antiguo sensaciones nuevas, como pedía alguien. Aquí estriba, seguramente, su defecto primordial, pues la retórica le impide entregarse con libertad a la ejecución del poema y desenvolverse con espontaneidad su temperamento que, no obstante, lo-

gra perfilarse a menudo en versos sobrios, claros:

El río empuja la mañana.
Sobre cristal de verde roca
su piel morena de avellana.

.....
Niña de holanda vaporosa.
Rodaja ayer de un claro sueño
hoy carne y pies de mariposa.

.....
En sus ojeras el alba.
Todo el collar de las brisas
alrededor de sus nalgas

Poesía objetiva, de transición cruzada de livianas imágenes, repleta de color, alegre. Por excepción el tono melancólico o subjetivo:

En mi pecho un niño
se acuesta soñando
con sus ojos fijos.

A veces expresiones muy felices:

El naranjo canta.
Y siento que huelo,
que abrome en planta.

En planta que más pronto o más tarde se cargará de grávidos frutos.—A. T.

IMÁGENES SILVESTRES, por Aldo Torres Púa.

Algún día debiera escribirse sobre la influencia que Pablo Neruda ha ejercido en los poetas nacidos a la actividad literaria después de él. Han sido contadísimos los que han escrito fuera de su órbita en los primeros cantos. Sobre todo, los poetas que han empezado su labor inmediatamente después que Neruda han sido los más influenciados por éste, ya que hoy

día es difícil encontrar en los nuevos líricos, en los que recién comienzan alguna ascendencia del autor de *Tentativa del hombre infinito*, el mejor libro de Pablo Neruda publicado hasta la fecha. Actualmente, la poesía joven en Chile camina por muy diferentes derroteros de los que un día le marcará la de Neruda, cuyo advenimiento en la juventud de este país fué recibido con un entusiasmo tal vez un poco exagerado, a pesar de lo que entrañaba esta poesía de renovación, de aireamiento, de novedad verdadera, de intensidad honorable en la lírica chilena.

Un muchacho que vive, escribe y sueña en la bella provincia de Cautín—donde también empezara su labor Pablo Neruda, como Gerardo Seguel, como Juvencio Valle—llamado Aldo Torres Púa ha publicado últimamente un pequeño cuaderno de poemas titulados *Imágenes Silvestres* (1) que revela frecuentísimas lecturas de la obra de Pablo Neruda. No es, precisamente, que Aldo Torres imite a Neruda, aunque a veces da la impresión de que lo parafraseara.

Da la impresión solamente, pero no existe parafrasis de nada. Es el tono general de *Imágenes Silvestres* el que hace recordar a Neruda, pues si hemos de ser justos no podríamos precisar en ninguna parte del volumen de Aldo Torres Púa una estrofa, por ejemplo, donde pudiéramos afirmar que sigue al autor de *Tentativa del hombre infinito*. Pero, de lo que no

existe duda, es que Aldo Torres se ha formado leyendo con entusiasmo la obra de éste, quedándole el mismo tono melancólico y ardiente y el manejo de palabras muy usadas por Pablo Neruda en sus primeros libros. Eso es todo, pero que creemos era necesario hacer resaltar debido a las evidentes condiciones líricas que demuestra este muchacho en su primera obra, condiciones que cristaliza de vez en cuando en estrofas como las siguientes:

Y en las tardes como éstas, en que
[el cielo está en llamas,
contando los guijarros que besan
[el camino,
para apagar la hoguera del sol en
[sus gargantas,
llegan junto al arroyo los bueyes
[del molino.

No obstante, el libro de Aldo Torres Púa es muy desparejo. De aciertos innegables cae a menudo en frecuentes vulgaridades, manifestando incapacidad—muy propia por lo demás de sus pocos años—para sostener una calidad permanente, más o menos idéntica que aliente el volumen desde su principio hasta el fin y lo mantenga en un tono igual de decencia lírica. Además, usa corrientemente los nuevos lugares comunes, tan en boga desde que la poesía se agitó en un colectivo movimiento de renovación y habla del
carrousel del mundo detenido en el
[pueblo
o de

su lamento y su risa anudándose
[en los pueblos

(1) Imprenta Metodista, Temuco, 1933.

que parecen pequeños tableros de
[damas
en que juegan los años.

Otras veces los versos totalmente vacíos de contenido hacen su aparición:

El poema es azul,
es blanco y es celeste.
El alma y el poema,
el poema y el alma son una misma
[cosa.

Son aspectos intermitentes, muy aislados de *Imágenes Silvestres* los que indican que Aldo Torres Púa es dueño de una sensibilidad que empieza a fortificarse y que estamos en presencia de un poeta en formación — todavía — pues existen en él las condiciones innatas que algún día lograrán condensarse y hacer de Aldo Torres Púa lo que su primer libro deja entrever seguramente.—A. T.

QUIJONGO, por Max Jiménez.—

Del señor Max Jiménez, escritor nativo de Costa Rica, bien pudiera decirse que ya no es un escritor novel, pues con *Quijongo* (1) la lista de sus obras aumenta a cinco: algunas de ellas como *Gleba* y *Sonaja* han sido comentadas en estas mismas páginas. Sin embargo, por la inexperiencia que demuestra sería fácil suponer que su quinto libro no pasa de ser la obra primeriza de un autor, escrita en los años titubeantes de la adolescencia, porque nada existe en ella que indique la experiencia

y el conocimiento que se supone da un trabajo anterior.

Quijongo es un libro de versos, pero antes de entrar en su comentario, veamos primero que es lo que significa *Quijongo*. Dejemos hablar al mismo Jiménez que en una página inicial explica el significado de esta palabra tan poco armoniosa como poco apropiada para título del presente volumen y como lo comprobaremos más adelante:

El quijongo, de mi patria, es un instrumento musical sencillo: un arco con una jícara adherida a la madera, la cual, manejada con la mano izquierda, convierte en voces los golpes dados sobre la cuerda.

Es simple y tiene el encanto de los instrumentos que solamente pueden ser tocados con el alma.

Según esta definición y que involucra al mismo tiempo una definición del libro, éste sería simple y tendría cierto encanto que es posible conseguir únicamente cuando algo ha sido ejecutado «con el alma»... Sin embargo, nada hay que diste más de la realidad, pues *Quijongo* no es un libro simple, sino vulgar y carece de todo encanto, siendo, al contrario, un volumen aburrido por la falta de interés que existe en sus páginas. Todas ellas son de una vaciedad lamentable y es difícil encontrar alguna condición poética que indique en su autor capacidad para la construcción del verso porque si algo de sobresaliente pudieran tener serían su pésima calidad.

Queremos comprobar que no somos exagerados:

1) «Espasa Calpe». Madrid, 1933.